

REGRESO A LAS FUENTES

Anillo de Oro: Número 99-100; Mayo – Agosto, 1961 – pag. 245 - 252.

En 1938, cuatro hogares decidieron reunirse cada mes para buscar juntos, con la ayuda de un sacerdote amigo, el pensamiento de Dios sobre las grandes realidades del matrimonio, ante todo sobre el amor conyugal. Dos de estos matrimonios y el sacerdote – según se supone, es el Padre Caffarel - se reunieron en 1961 para realizar una «peregrinación a las fuentes». Estas líneas transcriben su conversación.

SACERDOTE— ¿Qué les llevó a buscar lo que ahora llamamos espiritualidad conyugal? ¿No es el próximo número especial de El Anillo de Oro una buena ocasión para evocar los viejos recuerdos y las gracias que brotaron en los comienzos? Veinte años de distancia nos permiten valorar el valor de nuestros «descubrimientos» de antes de la guerra.

HENRI. — Tengo una objeción contra esta búsqueda. A mi esposa y a mí nos parece que nuestra experiencia contiene demasiados factores personales, demasiadas influencias particulares, gracias y pruebas singulares como para poder extraer conclusiones de alcance general. Todo ello forma parte de la personalidad de un hogar: es algo incomunicable.

BBÉ N. — Por eso les propongo que busquen las grandes ideas fundamentales sobre el matrimonio que exploramos juntos hace veinte años y que han resistido en sus hogares la prueba del tiempo y los acontecimientos, en lugar de compartir la evolución de su vida interior. Nos preguntaremos qué tenían de positivo y también de insuficiente esas ideas fundamentales. Y terminaremos preguntándonos si siguen siendo válidas para la generación de sus hijos.

JACQUES. — Es la preocupación por dar unidad a mi vida lo que encuentro en el origen de mis investigaciones posteriores. Es el mismo impulso que, en 1936, me llevó a dedicarme al sindicalismo para descubrir y poner en práctica una concepción cristiana de mi profesión, y que me llevó, posteriormente, a incluir a Dios en nuestra relación de novios y, más tarde, de esposos.

ANNE-MARIE (esposa de Jacques). — Y eso es lo que nos llevó, en 1938, a hacer nuestro primer retiro de hogares, con el P. Doncœur.

JACQUES. — Ese retiro fue el punto de partida tanto de nuestra reflexión sobre la espiritualidad conyugal como de nuestras primeras reuniones de hogares: estábamos ávidos de profundizar en estas ideas, entonces totalmente nuevas, sobre Dios-Padre que nos quiere padres y madres a su imagen, sobre Dios-Amor que santifica nuestro amor, etc.. Todo estaba por descubrirse, el padre D. solo lanzaba ideas, dejándonos el cuidado de elaborarlas y hacerlas fructificar.

SACERDOTE— Si les entiendo bien, ustedes pensaban: cristiano hay que serlo en toda la vida, por lo tanto, en el matrimonio. Pero entonces, podrían haberse preguntado simplemente: ¿cuáles son las leyes morales del matrimonio? Estudiémoslas a fondo, e intentemos conformarnos a ellas.

JACQUES. — Nuestra búsqueda se situaba en un plano más profundo. Necesitábamos realizar la unidad en nuestra vida. ¿Qué lugar ocupa nuestro amor mutuo en nuestro amor hacia Dios? ¿Cómo la alegría de amarnos se relaciona y se combina con nuestro amor a Dios? Eso es lo que nos preguntábamos.

HENRI. — Para nosotros, el punto de partida fue un poco diferente. Partimos de nuestro amor. Queríamos llevar ese amor hasta el final, ser fieles a las exigencias de su lógica interna, y así fue como llegamos a poner a Dios en el centro mismo de nuestra vida.

SACERDOTE— Si entiendo bien, diría, esquematizando: la búsqueda del amor los condujo a Dios mientras que, para Jacques y Anne-Marie, la preocupación por Dios los llevó al amor. Pero sus dos hogares llegan al mismo término: el encuentro de los dos amores.

ANNEMARIE. — Es justo eso: el encuentro de dos amores.

JACQUES. — Aunque no fue formulado claramente.

ANNEMARIE. — Por eso, cuando oímos hablar de un retiro, nos pareció que un eco despertaba en nosotros. Nos dijimos: tal vez encontremos allí la respuesta que buscamos.

JACQUES. — Era nuevo, en efecto: hasta entonces hacíamos, cada uno por nuestra cuenta, retiros individuales.

ANNEMARIE. — La corriente ya fluía, el espíritu ya soplaba.

SACERDOTE— Creo que tenemos aquí una de las características del esfuerzo intentado por la generación del descubrimiento. Se trataba entonces de cristianos a quienes les preocupaba la santidad, no como algo adquirido, por supuesto, sino como una realidad a conquistar; de personas que sabían que el fin de la vida cristiana es la santidad. No les bastaba con aspirar a ser «virtuosos» en el matrimonio como en cualquier otro ámbito. A tales cristianos, se les podía presentar el amor y el matrimonio sin riesgo de ser malentendidos y, sobre todo, mal seguidos. Me pregunto si esta presentación debe ser la misma cuando se dirige a cristianos que no tienen la misma preocupación por la vida y el perfeccionamiento. ¿Las grandes ideas sobre el matrimonio y el amor, si no van precedidas de una catequesis sobre la vida cristiana, no corren el riesgo de ser mal interpretadas? Si la orientación fundamental de la vida no es la tendencia hacia la santidad, ¿conserva el matrimonio aún su misterio y su mística? Parece que hay una terrible brecha entre la literatura sobre el matrimonio que les nutrió a ustedes y tantos libros actuales. Abran uno de estos: el objetivo ya no es el mismo. Se les decía a ustedes: aspiran a ser plenamente cristianos, vivan con confianza su matrimonio, es un camino de santidad. ¡Cuántas obras de hoy parecen mucho más preocupadas por el éxito del matrimonio sin preocuparse tanto por su misterio y su mística!

HENRI. — Incluso diré que, para mí, fue aún más impactante. Yo buscaba una vida que fuera auténticamente cristiana, el choque del amor me hizo decir: de verdad, ahí está la respuesta; es por el amor que podré lograrlo. Es en pareja que lo lograremos, puesto que yo no lo consigo solo. De ahí la necesidad de profundizar al máximo todo lo que el amor podía dar en este ámbito.

SACERDOTE— De modo que, para ustedes, al igual que para Jacques y Anne-Marie, el matrimonio aparecía como un camino que permitía alcanzar el ideal de perfección cristiana vislumbrado, ante el cual cada uno aisladamente se sentía impotente, pero que en pareja esperaban poder conquistar. El matrimonio, una empresa común para alcanzar la santidad.

HENRI. — Y su respuesta, entonces, fue: no hay dos amores; solo hay un amor, y ese es Dios. Usted nos dio las dimensiones reales de nuestro amor. Usted descartó el falso dilema: o Dios o mi amor. A partir de ese momento, estábamos en el buen camino.

FRANÇOISE (esposa de Henri). — Las generaciones que nos precedieron pensaban de otra manera. Conocimos matrimonios muy santos, en los cuales cada cónyuge se santificó indiscutiblemente, pero en cierto modo, a pesar del amor y a pesar del matrimonio. Eran modelos, pero modelos individuales que se encontraron unidos por los lazos del matrimonio. Creo que incluso tenían un poco de miedo de amarse humanamente.

ANNEMARIE. — Y un poco de miedo de decírselo.

FRANÇOISE. — A nosotros, eso nos parece sofocante.

ANNEMARIE (a Jacques). — Recuerdo lo que me escribiste justo al comienzo de nuestro noviazgo:

«Dios quiere que nos amemos para amarlo mejor a Él». Todo el día, eso fue para mí una iluminación. No hay problema, me decía, lo que se me pide no es renunciar a la alegría del amor, es encontrar a Dios en ella y, a través de ella, ir a Dios. Gracias a nuestro amor, podemos encontrar a Dios.

SACERDOTE— Usted dice: gracias a nuestro amor. ¿Quiere decir también gracias al sacramento?

JACQUES. — No, no directamente.

SACERDOTE— Así, para ustedes, en esa época, era el amor, más que el sacramento, lo que les aparecía como un camino de santidad. Lo que usted dice aquí es digno de mención: ¿fueron menos conquistados por la revelación de las riquezas del sacramento que por el descubrimiento de las riquezas espirituales del amor?

ANNE-MARIE. — Recuerdo, sin embargo, cuán felices fuimos Jacques y yo de saber que el sacramento del matrimonio es una fuente permanente de gracias.

HENRI. — Ciertamente éramos conscientes de que el sacramento nos traía gracias, pero no creo que en ese momento esa idea haya tenido, al menos en mi mente, un lugar importante.

SACERDOTE— Ustedes aspiraban a la santidad; enfrentados al matrimonio, no solo buscaban integrar el matrimonio en su vida cristiana, como el trabajo, como el sindicalismo, sino que veían en él, más que en el trabajo, más que en el sindicalismo, un medio positivo capaz de ayudarles en esa búsqueda de la perfección. Esto se debe a que la vida conyugal es una vida de amor, y de cierta manera, se encuentra al nivel de la santidad, que es amor.

HENRI. — Iré incluso más lejos, diré que era el único medio. Antes de conocer a Françoise, no tenía ninguna idea. Y, sin embargo, siempre tuve un gran deseo de unión con Dios. Cuando me encontré, debido a mi profesión, en las soledades africanas, nunca medité y oré tanto. Sino que era más bien para exorcizar mi soledad, que para alcanzar la perfección de la caridad. En este desconcierto espiritual en el que me encontraba, Dios era para mí una especie de boya, un faro, un salvador, si quieren. Pero no comprendí el amor como esencia misma de la perfección sino después de haber fundado un hogar.

SACERDOTE— Henri nos hace dar un paso adelante. Decíamos: el matrimonio nos apareció como un camino hacia la santidad. Henri añade: yo tenía una preocupación por la santidad, es cierto, pero mi matrimonio cambió mi concepción misma de la santidad. Al estudiar las riquezas del amor conyugal, descubrí en qué consiste la perfección y la vida cristiana.

Sí, es eso. A medida que encontraba más alegría en mi hogar, sentía que la misma alegría, extendida al infinito, debía encontrarse en una concepción más sana de la religión. Conociendo mejor las leyes del amor, comprendiendo mejor la esencia del amor conyugal, descubrimos con mi esposa que la religión es amor, y que allí se encuentran las mismas leyes. Además, también hacíamos el camino inverso. A medida que profundizábamos nuestra fe, percibíamos mejor las riquezas del amor en Dios, y la noción de nuestro amor y de nuestro hogar se enriquecía con ello.

ANNEMARIE. — Para nosotros también, el amor aparecía como la clave de todo. Esta clave de la que habla Claudel en «El zapato de raso»: «Es el amor lo que nos da las claves del mundo». ¿Es eso correcto?

SACERDOTE— No del todo, pero casi: «¡Ah! ¡He encontrado algo tan grande! Es el amor lo que debe darme las claves del mundo y no quitármelas».

HENRI. — Recuerdo, como si fuera ayer, que abordamos el misterio de la Trinidad para buscar allí una explicación, una razón de ser del amor.

SACERDOTE— Mi memoria no es tan clara como la suya, pero lo que es evidente es que el amor da grandes luces sobre el Misterio Trinitario, y que este a su vez ilumina magníficamente el amor. Bajo esta doble luz, muchas cosas se esclarecen.

ANNEMARIE. — Yo también recuerdo muy bien lo que usted nos enseñaba sobre el amor Trinitario: por un lado, el Padre que se derrama en su Hijo sin reservar nada, en un arrebato de gozosa generosidad; por el otro, el Hijo cuyo amor es primero acogida, pero de inmediato, y con la misma potencia, un surgimiento de amor filial hacia el Padre. El amor que llega al Hijo remonta hacia el Padre en un gran movimiento de alabanza. Así, el amor, en Dios, tiene un doble movimiento: es don, por un lado, acogida y retorno por el otro, para culminar en la comunión en el Espíritu Santo. Las tres palabras del amor son, por lo tanto: donación, acogida, comunión.

HENRI. — Y eso es lo que se encuentra en la comunidad familiar.

SACERDOTE— Es incluso la gran ley del amor conyugal. Me sucede que encuentro hombres y mujeres que me dicen: «Quizás Dios quiere que yo no sea correspondido». Y a veces tengo la impresión de que ellos aceptan dar sin esperar nada, sin pedir nada a cambio. Quieren ser un amor-torrente, pero olvidan que el amor, a imagen de las relaciones entre el Padre y el Hijo, es una reciprocidad que se realiza en una comunión de amor.

JACQUES. — Anne-Marie y yo conocemos a una mujer que reacciona así. Y tenemos la impresión de que ella no desea realmente la reciprocidad, aunque se lamenta de estar privada de ella. Se complace en su personaje de mujer-mártir.

HENRI. — Y al amar así, se muestran, paradójicamente, egoístas. Pues no proporcionarle a quien se ama la posibilidad de dar, es frustrarlo. Es prácticamente prohibirle que se realice en plenitud.

SACERDOTE— Me gustaría que aquí nos preguntáramos lealmente qué podía haber de erróneo o insuficiente en nuestra visión de las cosas, en nuestra concepción del amor conyugal, en esos encuentros de antes de la guerra. ¿No era demasiado optimista? ¿No pertenecía al género «flor azul» (romántico), tal como se cultivaba en las canciones de estudiantes de esa época: «¿Es tan

sencillo amar...»? ¿Teníamos suficiente convicción de que el amor es algo serio, e incluso dramático?

JACQUES. — No, en absoluto.

ANNEMARIE. — Y, sin embargo, nos vimos inmersos muy pronto en el drama, era en 1939....

JACQUES. — Sí, pero no en el drama del amor. El drama siguió siendo puramente exterior. El amor incluso salió fortalecido de él.

FRANÇOISE. — ¿No será porque todo eso nos había preparado para vivir y para resistir todas las sacudidas exteriores?

HENRI. — Iré incluso más lejos. Estoy persuadido de que para afrontar las horas tan trágicas que siguieron, era necesario haber construido nuestro hogar en una plenitud de alegría. ¿No fue Cristo quien dijo: «¿Y a su alegría, nadie se la podrá quitar»?

JACQUES. — Creo que, efectivamente, al principio nunca pensé que pudiera haber dificultades provenientes del amor mismo, de nuestra vida en pareja. Teníamos un optimismo fundamental, una confianza formidable en el éxito de nuestro amor.

SACERDOTE— ¿Quiere decir que ustedes navegaban en plena utopía?

JACQUES. — No, no lo creo.

HENRI. — Yo tampoco. En ese momento, yo era el mayor de todos ustedes — ¡y todavía lo soy! —; conocía bastante bien las dificultades de la vida como para hacerme pocas ilusiones. A pesar de eso, era optimista. Es cierto que creía posible transformarme y transformar a mi esposa, cuando una convicción fundamental de toda espiritualidad del matrimonio es que hay que aceptarse a uno mismo y aceptar al cónyuge tal como es.

SACERDOTE— En el fondo, como todos los jóvenes, partieron con ilusiones, pero no construyeron su hogar sobre ilusiones. Al situarse desde el principio en el nivel espiritual, fundando su amor en Dios, estaban listos para pasar por alto las ilusiones y superar los obstáculos, incluso los imprevistos.

HENRI. — Sí, ciertamente.

SACERDOTE— Sin embargo, ¿no creen que hubiera sido (y que es) deseable hablar más de los componentes humanos del amor y del matrimonio, de la vida familiar?

JACQUES. — Sí, a condición de no dejar en la sombra la base espiritual, la búsqueda de la santidad.

ANNE-MARIE. — Para mí, lo que me parece realmente útil saber en el orden humano, es la gran diferencia de los sexos y de los caracteres, es que el uno y el otro solo se cambiarán muy poco, y que será necesario aceptarse tal como son. El resto, tenemos tiempo de aprenderlo. Si lo supiéramos todo de antemano, la vida ya no tendría interés.

SACERDOTE— Se escucha muy poco a Françoise. ¿No habrá guardado ningún recuerdo, o ningún buen recuerdo de esos años?

FRANÇOISE. — ¡Claro que sí! Estoy de acuerdo. También pienso que, al vivir intensamente estos años de gracia, preparamos los años de prueba y pudimos afrontarlos con serenidad.

También es cierto que con el tiempo nos volvimos más realistas, sin por ello renunciar a los fundamentos espirituales. Sobre estos fundamentos, todo podía integrarse en la construcción: diferencias de caracteres, vida afectiva, vida sexual, vida espiritual, pruebas y alegrías de toda clase. No era necesario analizarlo todo, preverlo todo. No habíamos hablado explícitamente de la cruz, pero cuando llegó la prueba, nos encontramos admirablemente sostenidos.

FRANÇOISE. — Sí, eso nos impactó. Cuando Henri fue deportado, unos días después de nuestra reunión en París, tuvimos la sensación de que estábamos preparados, de que había en nosotros una gracia de fortaleza, un don del Señor con vistas a la prueba.

SACERDOTE— ¿No se puede decir que, habiendo sido conducidos a la religión del amor, fueron conducidos al mismo tiempo a la religión del sacrificio?

JACQUES. — Sí, lo creo totalmente. Para nosotros, la prueba era algo evidente.

SACERDOTE— Esto merece ser señalado. Los padres y educadores, al presentar a los jóvenes la vida matrimonial, a veces se creen obligados a hacer un inventario de los sufrimientos y las alegrías de la vida conyugal, como si pudieran prever lo que sucederá. ¿No es mejor hablar simplemente del amor y de sus grandes leyes? Si se ama, si se es fiel, se sabrá aprovechar tanto las alegrías como las penas, se estará listo para todo, y todo contribuirá a fortalecer el amor. Mientras que las previsiones, las anticipaciones, a menudo dejan desamparado, perplejo o inquieto. Les propongo abordar ahora otra faceta del problema. Al poner el amor en el centro de nuestras investigaciones, entramos en lo más íntimo de Dios y del universo, adoptamos la óptica que se abría tanto a los misterios divinos como al misterio del hombre, estábamos en el buen eje, el buen ángulo de visión.

HENRI. — ... Y es por eso que todo lo que se ha hecho ha perdurado.

SACERDOTE— Sí, pero observo una cosa: todo ello había sido precedido, para cada uno de ustedes, por una verdadera formación humana y cristiana. ¿Podemos esperar obtener los mismos resultados estudiando con jóvenes menos formados los problemas que teníamos en 1938 y 1939? ¿No es necesario darles primero una iniciación al cristianismo y, más sencillamente, a las grandes leyes de la vida humana?

ANNE-MARIE. — Esa es, en efecto, la pregunta que nos hacemos ante los novios.

HENRI. — En mi opinión, el simple hecho de amarse verdadera y sinceramente — incluso con las ilusiones inevitables a esa edad — ese solo hecho los hace sensibles, receptivos, permeables de alguna manera a todo lo que se les diga a partir de su amor. Sin excluir la exigencia de la santidad, que también se encuentra en la lógica del amor. Por lo tanto, yo les diría: porque ustedes aman, ya están muy cerca de Dios, que es Amor; han entrado en un reino que es colindante con el Reino de Dios. Porque se aman, no están lejos de haber comprendido la religión cristiana, su religión, que es una religión de amor. Les bastará con seguir hasta el final su lógica de enamorados.

SACERDOTE— Henri, veo que sigues teniendo el mismo entusiasmo que hace veinte años. Casi dan ganas de comprometerse o volver a comprometerse para poder escucharte. Pero, ¡cuidado! ¿Qué idea tienen los jóvenes de hoy del amor? ¿A qué nivel lo sitúan? ¿Al nivel del instinto, de la sensibilidad, del sentimiento, o al nivel de esa mirada y ese impulso espiritual de dos seres que se dirigen el uno hacia el otro, y se entregan el uno al otro totalmente? Si se habla

de amor sin adjetivos, es muy probable que ellos piensen en el amor de las canciones, las películas o las novelas.

JACQUES. — También hay otro obstáculo que encuentro a menudo en mis conversaciones con los novios: mientras que nosotros llegamos al estudio del matrimonio porque buscábamos un camino de santidad, ellos tienen la preocupación predominante de lograr un hermoso amor humano. La idea de que el matrimonio puede ser un magnífico éxito humano ha calado tanto en las costumbres que muchos de nuestros jóvenes se contentan con eso, sin desear más. Ahora bien, si no existe el deseo, al menos latente, de la perfección, no obtendrán gran cosa.

HENRI. — Pero ¿por qué das a entender que la generación de hoy estaría menos dispuesta que la nuestra? Yo encuentro muy buena a esta joven generación. Y quizás, en ciertos aspectos, esté mejor preparada que la nuestra para recibir el mensaje del amor.

JACQUES. — Sí, sin duda, en materia de iniciación sexual e incluso de conocimientos psicológicos o caracterológicos, ¿qué sé yo? Pero en cuanto a ideal espiritual, más bien creo que el nivel ha bajado.

SACERDOTE— Creo sobre todo que el interés por los temas de espiritualidad conyugal ha disminuido. Desde los años 38, un río de literatura conyugal y familiar fluye a través del mundo. Los chicos y las chicas han leído o escuchado mucho sobre estas cuestiones. No están estimulados como nosotros por el atractivo de lo nuevo, del descubrimiento. Ustedes estaban abriendo el camino. Tenían una mentalidad de pioneros. Era estimulante.

HENRI. — Pero bastaría con hacerles descubrir personalmente, más allá de los libros, y con la ayuda de testimonios vivos, el amor y el matrimonio como camino de perfección. ¿Por qué, entonces, no van a emocionarse como nosotros, quizás de manera más sutil que nosotros, ante las realidades espirituales que encajan tan bien con su amor?

SACERDOTE— Tienes razón, Henri. Podemos ayudarlos a descubrirlo. Pero con una condición, que me parece fundamental: no dejarles creer que el amor, por sí solo, lo es todo, lo sustituye todo, que permite considerar como insignificantes aquellos valores sin los cuales el hombre y el cristiano no podrían realizarse: el deber, la abnegación, el dominio de sí mismo. Estos valores son grilletes si no se viven en el amor, pero si se llevan y animan con amor, son el fundamento de todo. Sin ellos, solo se tienen seres inconsistentes, sin carácter.... Sin ellos, la gracia se apoya en tablas podridas. Y eso se rompe a la primera dificultad. ¡Cuántos hogares he visto derrumbarse, que al principio creían en el amor, pero no supieron sostenerlo con la ascesis cristiana!.

HENRI. — Tiene mil veces razón, Padre. Pero ¿no debemos evitar también hacer que nuestro cristianismo parezca una religión triste, y disfrazar a nuestros hogares de «ese aire tan poco salvado» del que se burla Nietzsche? En el momento en que nuestros jóvenes están en plena alegría amorosa, les vamos a decir: ¿saben?, el amor no es divertido.

JACQUES. — Claro que sí. Pero decirles a los novios que no todo es tan simple, que tendrán sus dificultades de entendimiento, que encontrarán obstáculos, nunca les ha hecho mal, al contrario. Al escuchar estas advertencias, que deben seguir siendo comedidas y optimistas, se dicen: ¡pues bien!, apretaremos los dientes, nos amaremos más fuerte, y superaremos el obstáculo.

SACERDOTE— El esfuerzo no es el enemigo del amor, es su mejor consejero. Hay que querer su amor, y el gran pecado es dejar de quererlo. Pero también aquí, las palabras son ambiguas. En el reino del amor, el esfuerzo no tiene el mismo sentido que fuera de las fronteras del reino. Un esfuerzo de amor es precisamente amar más, amar con intensidad, es decir, amar hasta que duela si es necesario, a causa del otro a quien se ama; y es un dolor que a su vez se ama, porque te acerca al ser amado y a Dios. Por eso estoy convencido de que cuando un hogar deja de tender a la perfección del amor, sea cual sea el grado que haya alcanzado, su amor ya está comprometido.

HENRI. — Estoy profundamente convencido: está perdido. Es incluso una tentación sutil que, en ciertos momentos, amenaza a los mejores hogares: resignarse a un amor mediocre. Entonces, sí, todo está perdido.

SACERDOTE— Ustedes, unos y otros, se beneficiaron de una educación fuerte, a veces rígida; un cierto sentido de la ascesis los había preparado para la aceptación de las pruebas y la lucha. Reconozcan que muchos no reciben esta formación. De ahí la necesidad de predicar con San Pablo el combate espiritual, la Cruz, pero la Cruz como medio y fuente de alegría, porque es prueba y alimento del amor. Es dando la vida que se muestra hasta dónde se ama.

ANNEMARIE. — ¡He aquí al Cura que termina con un sermón!

SACERDOTE— Perdón, si hay sermón, es el sermón de todos ustedes. Es el testimonio de sus dos hogares.

[Esta conversación no está firmada, pero existe una gran probabilidad de que el Sacerdote sea el propio Henri Caffarel].